

## LA NUEVA EVANGELIZACION DE AMERICA LATINA

Con ocasión de su *Alocución al CELAM* en la catedral de Puerto Príncipe (Haití) el 9 de marzo de 1983, Juan Pablo II convocó a América Latina para una nueva evangelización, pidiendo a los obispos, sacerdotes y fieles —por lo tanto también a todos y cada uno de nosotros— un compromiso con ella<sup>1</sup>. Por su parte la Iglesia latinoamericana, como respuesta al llamado del Papa, va a dedicar la IV Conferencia General de su Episcopado —que se tendrá en Santo Domingo en 1992— al tema: "Nueva evangelización, promoción humana, cultura cristiana"<sup>2</sup>.

Como bien lo dice A. González Dorado, "se trata de un nuevo "proyecto misionero" del Papa, primeramente pensado para América Latina, pero luego ampliado —por la Exhortación Post-sinodal *Christifideles Laici*— en un nivel universal<sup>3</sup>. Allí afirma el Papa: "La Iglesia tiene que dar hoy un gran paso adelante en su evangelización; debe entrar en una nueva etapa histórica de su dinamismo misionero" (ChL, 35). Sin embargo esa universalización del proyecto no diluye

1. Cf. *L'Osservatore Romano* (edición semanal en lengua española) 15, 1983, p.p. 179-180 (en adelante: OR; esa alocución la citaré con la sigla: P. Pr.)
2. Así quedó formulado definitivamente el tema, según lo comunicó la Pontificia Comisión para América Latina el 12 de diciembre de 1990: cf. OR 22, 1990, p. 709. El CELAM había propuesto la formulación: "Una nueva evangelización para una nueva cultura": cf. CELAM, *Instrumento preparatorio. Elementos para una reflexión pastoral en preparación de la IV Conferencia General del Episcopado Latinoamericano* (segunda edición), Bogotá, 1990.
3. Cf. A. GONZALEZ DORADO, *La Nueva Evangelización: Génesis y líneas de un proyecto misionero*, en CELAM, *Nueva Evangelización: Génesis y líneas de un proyecto misionero*, Bogotá, 1990, pp. 25-52 (ver también el Apéndice del *Instrumento preparatorio*)

los caracteres propios que desde el principio tuvo para nuestro Continente. Pues en la misma *Exhortación* —“mirando especialmente a América Latina”<sup>4</sup>— dice:

En otras regiones o naciones todavía se conservan muy vivas las tradiciones de piedad y de religiosidad popular cristiana; pero ese patrimonio moral y espiritual corre hoy el riesgo de ser desperdigado bajo el impacto de múltiples procesos, entre los que destacan la secularización y también la difusión de las sectas. Sólo una nueva evangelización puede asegurar el crecimiento de una fe límpida y profunda, capaz de hacer de estas tradiciones una fuerza de auténtica libertad (n° 34).

En Puerto Príncipe el Papa había observado que, en nuestro caso, se trata de “un pueblo profundamente religioso, que pide la Palabra de Dios” (n° I-1); he ahí por tanto una *chance* enorme para una nueva evangelización. Pero allí mismo añade otra particularidad de nuestro pueblo, que dará un matiz especial al proyecto misionero. Pues se trata también “de un pueblo...que conoce todavía —y ésta es su contradicción radical— inmensas zonas de miseria, en (cuya) raíz se encuentran hirientes injusticias, explotación de unos por otros, falta de equidad en la distribución de las riquezas y de los bienes de la cultura” (n° I-3). Por lo tanto la nueva evangelización deberá saber llegar hasta transformar esa que el Papa llama “contradicción radical”, de la que también nos hablaba Puebla (cf. *DP*, 452).

En ese sentido Santo Domingo ha de profundizar y actualizar la propuesta de Medellín y Puebla, que se puede condensar en la fórmula: *evangelización liberadora*, donde el momento específicamente religioso y el momento humano (social y cultural) se compenetran. Pues desde la fe que opera por la caridad, se busca promover eficazmente la justicia. Pero —a su vez— el amor misericordioso es, como lo dice la Encíclica *Dives in Misericordia*, “la fuente más profunda” (n° 14) y “la encarnación más perfecta de la justicia” (n° 12).

Para ayudar a ubicar la misión específica de la vida monástica en ese proyecto evangelizador, voy a dar tres pasos: 1) primero recordaré en qué consiste teológicamente la evangelización; 2) en

4. Cf. JUAN PABLO II, *Carta apostólica a los religiosos y religiosas de América Latina con motivo del V Centenario de la evangelización del nuevo mundo*, Buenos Aires, Ed. Paulinas, 1990, n° 24 (en adelante: *Carta*), donde se cita inmediatamente después del texto de *Christifidelis Laici*.

segundo lugar intentaré mostrar en qué está la novedad de la nueva evangelización de América Latina; 3) por último diré algo acerca del papel específico que le corresponde a la vida religiosa en cuanto tal, especialmente a la vida monástica, en ese proyecto. Claro está que ustedes podrán esperar de mi parte sólo algunas pistas de reflexión, como las veo yo desde fuera, pero son ustedes mismos, que viven y reflexionan la vida monástica desde dentro, quienes deberán trazarlas.

## I. La evangelización

Según el Concilio en el Decreto *Ad Gentes*, la Iglesia es "por su naturaleza misionera, puesto que toma su origen de la misión del Hijo y de la misión del Espíritu Santo, según el propósito del Padre" (nº 2). Por consiguiente todo proyecto misionero y toda actividad evangelizadora se enraizan *trinitariamente* en el designio de amor de Dios Padre, de llamarnos a su Reino, en el envío de Cristo Jesús a proclamar con su vida, su palabra, sus actos, su muerte y su resurrección, la Buena Nueva del amor del Padre que nos hace hijos en su Hijo y hermanos entre nosotros, y en la misión del Espíritu Santo santificador, quien fue enviado de parte del Padre por Cristo "para que llevara a cabo interiormente su obra salvífica e impulsara a la Iglesia a extenderse a sí misma" (*ibíd.*). Seguramente que la inspiración recibida por el Papa de promover la nueva evangelización de América Latina, fue una inspiración del Espíritu Santo, sin el cual —por lo tanto— nosotros no podremos responder a ese llamado y, mucho menos, hacerlo con auténticos frutos.

Uno de los documentos más ricos acerca del tema de la evangelización es, sin duda, la Exhortación Apostólica *Evangelii Nuntiandi*, que Puebla aplicó a nuestro continente. Ella nos servirá de guía.

Pues bien, en continuidad con la perspectiva trinitaria, cristológica y pneumatológica de la evangelización, propuesta por el Concilio, Pablo VI afirma en su exhortación: "Jesús mismo, Evangelio de Dios, ha sido el primero y el más grande evangelizador. Lo ha sido hasta el final, hasta la perfección, hasta el sacrificio de su existencia terrena" (nº 7). Pues —como lo dice San Juan— *habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo*

(In 13, 1), y precisamente así terminó de ser él mismo la Buena Nueva en persona, y de anunciarla en forma acabada. Pablo VI hace ver el alcance de las palabras de Jesús, cuando —según San Lucas (Lc 4, 43)— expresó: es preciso que anuncie también el Reino de Dios en otras ciudades, pues así se define "en una sola frase toda la misión de Jesús: porque para esto he sido enviado" (EN, 6) Luego agrèga el Papa que sólo a la luz de los versículos anteriores se comprende todo su significado, pues allí "Cristo se aplica a sí mismo las palabras del profeta Isaias: El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ungió para evangelizar a los pobres" (*ibíd.*; cf. Lc 4, 18; Is 61, 1). Hoy en América Latina, continente mayoritariamente pobre, y cuya Iglesia, acompañando al Papa, ha hecho una opción preferencial por los pobres, esos textos adquieren un sentido profundamente cristológico en relación con nuestra propia tarea de una nueva evangelización.

Esos mismos textos entrelazan la misión evangelizadora del Señor con la unción del Espíritu. También la *Evangelii Nuntiandi*, al hablar del espíritu de la evangelización, asevera que "no habrá nunca evangelización posible sin la acción del Espíritu Santo" (nº 75), de modo que "puede decirse que el Espíritu Santo es el agente principal de la evangelización" (*ibíd.*), tanto porque impulsa al evangelizador y le da el carisma de evangelizar según su misión específica en la Iglesia, cuanto porque mueve al evangelizado a aceptar la Palabra de salvación. Él es no sólo el agente, sino también "el término de la evangelización: solamente él suscita la nueva creación, la humanidad nueva a la que la evangelización debe conducir, mediante la unidad en la variedad que la misma evangelización querría provocar en la comunidad cristiana" (*ibíd.*). Aún más, el Papa recuerda que hoy "nosotros vivimos en la Iglesia un momento privilegiado del Espíritu. Por todas partes se trató de conocerlo mejor, tal como lo revela la Escritura. Uno se siente feliz de estar bajo su moción. Se hace asamblea en torno a él. Quiere dejarse conducir por él" (*ibíd.*). Pienso que es providencial que haya surgido el proyecto misionero de la nueva evangelización de América Latina precisamente en esta hora del Espíritu Santo, en la cual la vida cristiana, la reflexión teológica y el magisterio de la Iglesia han explicitado más que en los siglos anteriores la misión del Espíritu.

Pero las dimensiones cristológica y pneumatológica de la evangelización iluminan su esencial-momento eclesiológico, porque, así como el Concilio en *Lumen Gentium* enraiza su enseñanza sobre

la Iglesia en la vida y misiones trinitarias (cf. *LG*, 2-4), de un modo semejante Pablo VI vincula a Cristo evangelizador por unión del Espíritu con la Iglesia evangelizada y evangelizadora (cf. *EN*, 13). Ya lo habían dicho los Padres Sinodales en el Sínodo de 1974: "Nosotros queremos confirmar una vez más que la tarea de la evangelización de todos los hombres constituye la misión esencial de la Iglesia", es decir, como lo interpreta la *Evangelii Nuntiandi* "Evangelizar constituye, en efecto, la dicha y vocación propia de la Iglesia, su identidad más profunda. Ella existe para evangelizar" (nº 14). Esa también debe ser nuestra dicha, vocación e identidad como religiosos, cada uno según su propio carisma, pues todos los carismas en la Iglesia son intrínsecamente evangelizadores y están esencialmente orientados a la evangelización, que no sólo se da por la acción y la palabra, sino ante todo por el testimonio y la oración. Si no, María no sería, como lo afirma Juan Pablo II en su carta a los religiosos y religiosas de América Latina: la "primera evangelizadora de América Latina" y —citando a Pablo VI (cf. *EN*, 82)— "estrella de la evangelización" (*Carta*, 31). Ese momento mariológico de la Iglesia y de su misión evangelizadora ilumina profundamente la función evangelizadora de la vida contemplativa hoy en América Latina: de la vida contemplativa de todo cristiano y evangelizador, no sólo de los así llamados contemplativos, aunque —claro está— especialmente de la de éstos.

Además, si tenemos en cuenta el papel que —según la Constitución *Sacrosanctum Concilium*— desempeña la liturgia en la vida de la Iglesia como "la cumbre a la cual tiende toda la actividad de la Iglesia y, al mismo tiempo, la fuente de donde mana toda fuerza" (nº 10), podremos comprender una de las dimensiones más propias de la vida monástica en la evangelización y, por consiguiente, en el proyecto misionero de nueva evangelización de nuestro Continente. En especial pensamos en el lugar que ocupan y deben ocupar en ésta el culto y la oración oficial de la Iglesia, la proclamación de la Palabra de Dios en su marco y la eucaristía, centro de la vida cristiana. Pues "de la liturgia, sobre todo de la eucaristía, mana hacia nosotros la gracia como de su fuente, y se obtiene con la máxima eficacia aquella santificación de los hombres en Cristo y aquella glorificación de Dios, a la cual las demás obras de la Iglesia tienden como a su fin" (*ibíd.*, 10).

Después de haber esbozado brevemente la ubicación de la misión evangelizadora de la Iglesia en algunas de sus coordenadas

teológicas: trinitaria, cristológica, pneumatológica, eclesiológica, litúrgica y mariológica, comentemos cómo responde Pablo VI a la pregunta ¿qué es evangelizar? A ella contesta la *Evangelii Nuntiandi* más por una larga descripción que por una definición imposible: testimonio (nº 21), anuncio de Cristo a aquellos que lo ignoran, predicación, catequesis, bautismo y demás sacramentos (nº 17 ss.) etc., etc., de modo que "evangelizar significa para la Iglesia llevar la Buena Noticia a todos los ambientes de la humanidad y, con su influjo, transformar desde dentro, renovar a la misma humanidad" (nº 18). Pero, como hay tantas y tantas maneras de "llevar la Buena Nueva", que "hace nuevas todas las cosas", sería parcializante y fragmentario intentar una definición o una limitación de la tarea evangelizadora.

Sin embargo, Pablo VI, refiriéndose a dicho "cambio" o "renovación" intenta resumir de qué se trata, con las sustanciosas palabras siguientes: "si hubiera que resumirlo en una palabra, lo mejor sería decir que la Iglesia evangeliza cuando, por la sola fuerza divina del Mensaje que proclama, trata de convertir al mismo tiempo la conciencia personal y colectiva de los hombres, la actividad en la que ellos están comprometidos, su vida y ambiente concretos" (nº 18). Se trata, por tanto, de proclamar el Mensaje con la vida y la palabra —cada miembro de la Iglesia según su misión y su carisma— para convertir no sólo los corazones de los individuos, sino también el corazón —la conciencia colectiva, dice el Papa— de los pueblos. En esa misma línea se ubica el actual proyecto de nueva evangelización, propuesto por Juan Pablo II, el cual se preanunciaba ya en sus primeras palabras cuando asumió el pontificado, con las cuales instó a abrir a Cristo no sólo los corazones, sino también todas las dimensiones de la vida, la actividad humana, la sociedad y la cultura. ¿Cómo lograrlo?

En la expresión de Pablo VI, repetida luego por Puebla y asumida por Juan Pablo II, "se trata...de alcanzar y transformar con la fuerza del Evangelio los criterios de juicio, los valores determinantes, los puntos de interés, las líneas de pensamiento, las fuentes inspiradoras de vida de la humanidad, que están en contraste con la Palabra de Dios y con el designio de salvación. Posiblemente podríamos expresar todo esto —añade el texto— diciendo: lo que importa es evangelizar —no de una manera decorativa, como con un barniz superficial, sino de manera vital, en profundidad y hasta sus mismas raíces— la cultura y las culturas del hombre en el sentido

rico y amplio que tienen sus términos en la *Gaudium et Spes* (n° 53), tomando siempre como punto de partida la persona y teniendo siempre presentes las relaciones de las personas entre sí y con Dios" (EN, 19-20).

Así se explica la insistencia de Juan Pablo II en la evangelización de la cultura y la inculturación del Evangelio: casi no hay viaje suyo, incluidos los hechos a América Latina, en los que no machaque en ese punto. La creación del Pontificio Consejo para la Cultura y las alocuciones pronunciadas para el mismo<sup>5</sup> son otro testimonio de ellos. La relación esencial que el Papa ve no sólo entre religión y cultura, sino también especialmente entre Evangelio y cultura, la desarrolla profundamente en su alocución ante la UNESCO<sup>6</sup>, en la cual pone como clave de comprensión de la misma al hombre, al hombre integral, en cuerpo y alma, con su dimensión personal y también social.

Puebla enriqueció a Medellín precisamente en esa perspectiva de continuidad con la Constitución *Gaudium et Spes*, el Sínodo de 1974 y la *Evangelii Nuntiandi*, haciendo una opción pastoral por la cultura (DP, 395). Y, como dijimos, a su vez Juan Pablo II llevó varias de las afirmaciones de Puebla al nivel del magisterio universal, profundizándolas y enriqueciéndolas por su parte. Por todo ello no es de extrañar que, con ese mismo espíritu, se haya elegido para la IV Conferencia General del Episcopado latinoamericano el tema central: "Nueva evangelización, promoción humana, cultura cristiana".

Pero tengamos en cuenta que los textos arriba citados y otros muchos semejantes no tienen una comprensión culturalista, idealista o iluminista de cultura (como si ésta consistiera en conocer filosofía, arte, ciencia...), sino una comprensión humana integral de la misma. Pues, aunque se subraya el papel de la conciencia personal y colectiva, y a la persona como clave y punto de partida en su relación con Dios, con los otros y consigo misma, y con la naturaleza, con todo se trata de la persona encarnada en historia y sociedad, de modo que —como lo comprende Puebla (cf. DP, 387)— no sólo se entiende por cultura la dimensión del sentido último de la vida

5. Ver, como ejemplo, el discurso del Santo Padre a la asamblea plenaria de dicho Consejo (12 de enero de 1990), en OR 22, 1990, p. 42; el párrafo 5 está consagrado a la nueva evangelización de América Latina.

6. Cf. OR 12, 1980, pp. 359-361, n. 14-15.

y de los valores éticos que conforman el *ethos* cultural, sino también la de sus expresiones en la lengua, las costumbres, los símbolos, el arte, etc., y la de su articulación en estructuras de convivencia y de trabajo, sociales, políticas, económicas, etc. Objeto de evangelización es el hombre y son los hombres en todas sus dimensiones culturales, desde la religiosa y la ética hasta la política y la económica. Precisamente se dan hoy, tanto en las primeras como en las últimas, oposiciones flagrantes al Evangelio y, por consiguiente, una imperiosa necesidad de conversión personal, social y estructural.

De ahí que sería una falsa interpretación de Puebla y de sus relaciones con Medellín oponer, como algunos lo han hecho desde uno de los polos o desde el otro, dos opciones centrales de Puebla, a saber, la ya mencionada "opción pastoral por la evangelización de la cultura" y la "opción preferencial por los pobres". Ambas muestran los dos aspectos, como cara y seca, como cuerpo y alma, del mismo desafío a la Iglesia latinoamericana. Por un lado, el reto religioso-cultural del secularismo y de las sectas, que afecta la cultura latinoamericana en su núcleo ético-sapiencial, y por el otro lado, la tremenda injusticia estructural y la creciente brecha entre ricos y pobres, que contradice radicalmente los valores humanos y cristianos que lo conforman. Se trata de un único desafío con dos caras, y por eso mismo, en Puebla se trató de una única línea de opción. Pues no se trató de cualquier opción por la evangelización de la cultura (por ejemplo entendiendo ésta en forma culturalista o romántica), sino por una evangelización liberadora, que opta preferentemente por los pobres; así como no se trató de cualquier tipo de opción por los pobres (por ejemplo, ideológica o política), sino especificada por su contenido evangélico e inculturada en América Latina<sup>7</sup>.

En el número de junio último de la *Revista Eclesiástica Brasileira*, Clodovis Boff publicó un trabajo acerca del tema: *¿Para dónde irá la Iglesia de América Latina?*<sup>8</sup>, presentando una contribución para la conferencia de Santo Domingo, a través de una crítica hecha al

- 
7. Cf. mi libro: *Evangelización, cultura y teología*, Buenos Aires, ed. Guadalupe, 1990. El episcopado argentino destaca "dos desafíos: el secularismo y la urgente necesidad de una 'justicia demasiado largamente esperada'" en sus *Líneas Pastorales para la Nueva Evangelización*, Buenos Aires, 1990, cap. 1.
  8. Cf. C. BOFF, *Para onde irá a Igreja de América Latina?*, en *Revista Eclesiástica Brasileira* 50, 1990, pp. 275-286.

*Instrumento preparatorio* de la misma (en una segunda redacción, que todavía no constituye un documento de trabajo). No voy a referirme a ese documento ni a las críticas de Boff, sino que con ocasión de dicho artículo deseo reafirmar lo arriba señalado y añadir una puntualización, que luego nos servirá para comprender mejor la novedad de la nueva evangelización.

Por un lado, no estoy de acuerdo con Boff en oponer el eje "evangelización de la cultura" al eje "pobreza-liberación", por las razones arriba mencionadas. Pero, por otro lado, estoy de acuerdo con él en que, aunque en América Latina es necesario evangelizar la cultura moderna secular adveniente, no consiste sólo en ella la principal novedad cultural. Dicha cultura está representada especialmente por elites socioculturales científicas, técnicas, económicas, etc. Ella amenaza —por su secularismo e individualismo— la cultura y religiosidad populares latinoamericanas de mil maneras, no siendo la menos importante la que se da a través de los medios masivos de comunicación social. Sin embargo, el interlocutor preferencial de la tarea evangelizadora de la cultura, propia de la Iglesia, es la "modernidad nueva emergente"<sup>9</sup> entre los pobres, es decir, la cultura nueva que surge entre ellos y en sus organizaciones de base, en la cual parece insinuarse una nueva síntesis entre la cultura sapiencial tradicional latinoamericana, de profundos valores humanos y cristianos, ávida de "una urgente justicia demasiado largamente esperada"<sup>10</sup>, y —por otro lado— la civilización moderna urbano-industrial, racional y eficaz. Desde esa síntesis ya incoada y desde su nueva evangelización será más fácil evangelizar la cultura secular adveniente.

Ya Puebla había señalado esa emergencia de síntesis de nuestro pueblo (v.g. cf. DP, 452, 466); pero ahora Santo Domingo tendrá que discernir ese que parece ser un relevante signo de los tiempos en América Latina.

En íntima relación con lo dicho está la cuestión del contenido de la Evangelización como lo presenta la *Evangelii Nuntiandi*. Aquél es esencialmente religioso y específicamente cristiano, pero por eso mismo es profunda e integralmente humano. Pues la evangelización

9. Cf. o. c. p. 282. C. BOFF habla allí de "una nova modernidade, uma modernidade emergente", reverso moderno (no pre-moderno) de la modernidad triunfante.

10. Cf. JUAN PABLO II, *Discurso a los obispos del CELAM*, el 12 de octubre de 1984 en Sto. Domingo (en adelante: Sto. D.), III-1.

tiene "como base, centro y a la vez culminación de su dinamismo, una clara proclamación de que en Jesucristo, Hijo de Dios hecho hombre, muerto y resucitado, se ofrece la salvación a todos los hombres, como don de la gracia y la misericordia de Dios" (nº 27). De ahí que todos los contenidos de la fe sean objeto de la evangelización.

Sin embargo, como en Cristo no sólo se revela Dios, sino también el hombre, y como el amor a Dios y a los hombres es un solo don del Señor y una sola actitud, por ello "la evangelización no sería completa si no tuviera en cuenta la interrelación recíproca que en el curso de los tiempos se establece entre el Evangelio y la vida concreta, personal y social, del hombre. Precisamente por esto la evangelización lleva consigo un mensaje explícito, adaptado a las diversas situaciones y constantemente actualizado, sobre los derechos y deberes de toda persona humana, sobre la vida familiar sin la cual apenas es posible el progreso personal, sobre la vida comunitaria de la sociedad, sobre la vida internacional, la paz, la justicia, el desarrollo; un mensaje, especialmente vigoroso en nuestros días, sobre la liberación" (nº 29). Ya los Sínodos de 1971 y 1974 habían señalado la promoción de la justicia como dimensión constitutiva e integrante de la proclamación del Evangelio<sup>11</sup>, y luego Juan Pablo II llegó a afirmar en *Redemptor Hominis* que la solicitud de la Iglesia por el hombre, su humanidad, la orientación del desarrollo y el progreso es "un elemento esencial de su misión, indisolublemente unido con ella" y "que la Iglesia "encuentra el principio de esta solicitud en Jesucristo mismo" (nº 15).

Por consiguiente, la evangelización es esencialmente liberadora, y la liberación debe ser evangélica y, por ello mismo, humana integral.

---

11. Respectivamente cf. OR 3, 1971, n. 156, p. 6; DP, 1254.

## II. La nueva evangelización de América Latina

Cuando Juan Pablo II presentó por primera vez el proyecto misionero de una nueva evangelización en nuestro Continente, en Puerto Príncipe, nos pidió un compromiso, según dijo, "no de reevangelización, pero sí de evangelización nueva. Nueva en su ardor, en sus métodos, en su expresión" (P. Pr., III)

No se trata de reevangelización, como si la primera evangelización no hubiera sido válida o como si sus consecuencias ya se hubieran diluido. Por el contrario, al año siguiente del discurso de Haití, el Papa, el 12 de octubre de 1984, en Santo Domingo, recordó lo dicho y mostró cómo esa nueva evangelización ha de enraizarse en la historia de la evangelización fundante, con sus luces y sombras. Lo hizo "no por mero interés académico o por nostalgia del pasado, sino para lograr una firme identidad propia, para alimentarse en la corriente viva de misión y santidad que impulsó su camino, para comprender mejor los problemas del presente y proyectarse realísticamente hacia el futuro. No cabe duda —añadió— que esa autoconciencia es prueba de madurez eclesial" (Stò.D., II-1). De ahí sacará también la Iglesia "motivos de conversión", reconociendo sus errores y culpas, pero sobre todo "podrá deducir tantas lecciones y aliento ante los problemas que encuentra su misión salvadora en cada momento de la historia" (*ibíd.*) Mas tarde, en la Carta destinada a los religiosos y religiosas de América Latina con motivo del V centenario afirma: "quiero, sin embargo, reiterar la valoración globalmente positiva sobre la actuación de los primeros evangelizadores, que eran en gran parte miembros de órdenes religiosos" (nº 4). Por ello el Papa, tanto en esa carta como en su mensaje a las religiosas de clausura latinoamericanas, recuerda el papel concreto de unos y otras en la evangelización fundante de América Latina, de modo que esa memoria histórica forme parte de la propia identidad actual eclesial y religiosa y de nuestra misión presente. Sin embargo, luego también agrega: "Por otra parte no pueden soslayarse determinadas limitaciones —de la primera evangelización— para así mejor tomar conciencia de la necesidad de continuar la tarea iniciada" (*ibíd.*).

Antes de concluir con este punto conviene recordar que la memoria histórica no se debe detener sólo en los primeros siglos de evangelización del continente, sino que ella se extiende hasta Medellín, Puebla y el post-Puebla. Pues el Papa, ya desde su primera alusión

al tema en Puerto Príncipe, destaca que el Documento de Puebla es "una luz que podrá orientar la nueva evangelización". "En ese sentido —añade— es necesario que se difunda y eventualmente se recupere la integridad del mensaje de Puebla" (P.Pr., III), el cual está —a su vez— en continuidad con Medellín y éste, con el Vaticano II. Ese eje: Vaticano II-Medellín-Puebla, tomado sin deformaciones o reduccionismos, es parte de nuestra herencia eclesial y base sólida para la nueva evangelización.

Más que entender por qué no se trata de una reevangelización, conviene profundizar por qué el Papa la califica como nueva. Así es como recorreremos brevemente las tres características que él mismo ha enumerado varias veces (nueva en su ardor, en sus métodos, en su expresión), para luego tratar, en un cuarto punto, lo referente a la "nueva cultura" para la que se destina esa evangelización nueva.

1. Nueva en su ardor: En la homilía del 9 de mayo de 1988 en Salto (Uruguay)<sup>12</sup>, el Papa explicó qué significa cada uno de los tres términos empleados en Puerto Príncipe para calificar la novedad de la evangelización. A los fieles que lo escuchan les dice entonces: "Será nueva en su ardor si a medida que se va obrando, corroboráis más y más la unión con Cristo, primer evangelizador" (nº 4). Su novedad consiste, por lo tanto, en primer lugar, en un ardor y fervor nuevo de la caridad y la santidad, renovada por el Espíritu Santificador, "que hace nuevas todas las cosas".

Quizás ésta sea la raíz más profunda de novedad, en la medida en que realmente se den hoy en América Latina la verdadera santidad y el fervor de la caridad, a la que el Señor llama a todo cristiano, pero cuyo signo público e institucionalizado en la Iglesia es la vida religiosa, parte esencial de la cual es la vida monástica. En ese mismo contexto indicado más arriba cita el Papa al Salmista: *Dios anuncia la paz / a su pueblo y a sus amigos, / a los que se convierten de corazón* (Sal 84/85, 9), y añade: "Para entender este anuncio de paz hemos de ser sus amigos, hemos de descubrir nuevamente que la vocación cristiana es vocación a la santidad"; aún más, evocando palabras de Pablo VI recuerda que "el elemento más característico de todo el Magisterio conciliar, y, por así decir,

12. Cf. OR 20, 1988, pp. 2-4 (En adelante citaré: *Salto*).

su fin último" es la "fuerte invitación a la santidad" (*Salto*, 4) dirigida a todos los fieles. Por eso Juan Pablo II concluye ese párrafo de su homilía afirmando que esa "es la clave del ardor renovado de la nueva evangelización" (*ibíd.*). En ello consiste, entonces, para el Papa, su "novedad en el ardor".

2. Nueva en sus métodos: En la misma homilía explica también por qué la nueva evangelización debe ser "nueva en sus métodos". Lo será —dice— "si cada uno de los miembros de la Iglesia se hace protagonista de la difusión del mensaje de Cristo. *El Espíritu del Señor está sobre mí —añade— porque el Señor (...) me ha enviado para dar la Buena Noticia, Is 61, 1*" (*Salto*, 6). Es la consecuencia inmediata de lo anterior, pues la santidad supone esa unción del Espíritu y la urgencia de la caridad de Cristo.

La reiterada repetición en varios párrafos de que se trata de todos los miembros de la Iglesia, me hace pensar que el Papa ve la novedad en el método precisamente en que cada uno de los cristianos —entre los cuales nos contamos nosotros— emprenderá esa tarea misionera según su propio lugar y misión en el cuerpo de la Iglesia. Así es como añade: "Se trata de un apostolado que está al alcance de todos los cristianos en su entorno familiar, laboral y social" (pensemos en nuestra propia familia religiosa, nuestro trabajo, nuestro entorno laboral y social, y el del monasterio), y "que debe continuarse con la palabra, cada uno de acuerdo con su situación en la vida privada y en la vida pública" (*ibíd.*). Recordemos de paso que la misión de la vida religiosa es dar testimonio público del espíritu de las bienaventuranzas.

Sin embargo estimo que la novedad de los métodos está para el Papa sobre todo en la actual explicitación y toma de conciencia de la misión propia de los laicos, cada uno según su tarea en la sociedad y la Iglesia. Por ello en Puerto Príncipe ya lo había enfatizado, pues en los tiempos de la primera evangelización de América, aunque de hecho se dio la evangelización por el contacto y, a veces, por la palabra, de los laicos cristianos, así como a través de las instituciones en manos de los laicos (por ejemplo, las Nuevas Leyes de Indias en favor de los indígenas), con todo, no se vivía entonces explícitamente la espiritualidad laical de consagración del mundo enseñada por el Concilio y —en su línea— por la Exhortación *Christifideles Laici*, del Papa actual. No creamos sin embargo, que ese nuevo acento no nos toca también a nosotros, pues el Concilio,

precisamente cuando habla de esa misión del laico de consagrar el mundo (es decir, la sociedad, la cultura y cada una de las dimensiones de la vida secular) a Dios y de transformarlo según la comprensión evangélica del hombre, casi inesperadamente agrega en ese mismo contexto: "los religiosos, en virtud de su estado, proporcionan un preclaro e inestimable testimonio de que el mundo no puede ser transformado ni ofrecido a Dios sin el espíritu de las bienaventuranzas" (LG, 31)<sup>13</sup>. Por consiguiente, la novedad metódica que implica hoy la toma de conciencia eclesial de las distintas misiones laicales, implica de rebote una nueva toma de conciencia de la misión testimonial pública de la vida religiosa en relación con cada una de esas misiones y tareas, en cuanto ellas —todas y cada una de ellas— deben ser inspiradas y orientadas por el espíritu de las bienaventuranzas, que los religiosos tenemos por vocación testimoniar, testimoniando que aquel es esencial aun para las mismas tareas laicales.

3. Nueva en su expresión: Por último el Papa comenta en *Salto* esa tercer característica de la nueva evangelización. No se trata de una palabra o expresión que nazca primeramente de nosotros, nuestras elucubraciones intelectuales o nuestra propia voluntad, sino que, nos dice Juan Pablo: "Para que la evangelización sea 'nueva' también 'en su expresión', debéis estar con los oídos atentos a lo que dice el Señor, esto es, siempre en actitud de escucha a lo que el mismo Señor puede sugerir en cada momento" (nº 7). Recordemos lo que más arriba dijimos acerca de María como evangelizadora: justamente ella es la figura de la Iglesia en escucha obediente (*ob-audiente*) a la Palabra del Señor: ¡He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra! ¡Bienaventurada por haber creído, por oír la Palabra de Dios, concebirla en su seno y ponerla en práctica!

Así es como el Papa añade enseguida que esa nueva expresión está unida no sólo con la escucha, sino también, en cada uno, con "un sólido conocimiento de las verdades de Cristo —adecuado a su propia formación cultural e intelectual— siguiendo las enseñanzas de la Iglesia. Cada uno ha de pedir al Espíritu Santo que le permita llevar el "alegre anuncio", la "Buena Nueva", a todos los ambientes en que se desarrolla su existencia. Esa profunda formación cristiana

13. Ver mi artículo: *El espíritu de las bienaventuranzas: vida religiosa y pueblo*, en *Vida religiosa* 62, 1987, pp. 418-421

le permitirá verter el vino nuevo del que nos habla el Evangelio, en odres nuevos (Mt 9, 17): *anunciar la Buena Noticia con un lenguaje que todos puedan entender*" (Salto, 7). Sólo así se logrará la "nueva expresión deseada", adecuada a cada uno, es decir, el *lenguaje* del que habla *Evangelii Nuntiandi*, que cada grupo de hombres, cada cultura y subcultura comprenden, trasvasando en él la verdad evangélica sin la menor traición a la misma. "Lenguaje debe entenderse aquí —dice Pablo VI— no tanto a nivel semántico o literario cuanto al que podría llamarse antropológico y cultural" (EN, 65). Usando la terminología de Juan Pablo II hablaríamos de la "inculturación", (Cat. Trad., 53) del Evangelio, es decir, de su encarnación en cada lenguaje, cultura y ámbito de la cultura humana: en nuestro caso, en la cultura y las culturas latinoamericanas y sus distintas dimensiones y expresiones.

Además notemos que el Papa, en la homilía citada más arriba, se refiere a la "escucha a lo que el mismo Señor puede sugerir en cada momento" (Salto, 7). Pienso que alude a la atenta lectura cristiana de los signos de los tiempos; pues Dios nos habla no sólo por su Palabra, sino a través de sus signos en la vida eclesial, social y personal, que debemos aprender a discernir a la luz del Evangelio, para así —a su vez— interpretarlo y expresarlo en forma nueva, histórica e inculturada.

4. Nueva cultura: Además de los tres tipos de novedad explicitados por el Papa y explicados personalmente por él, estimo que podemos añadir al menos otro. Pues el CELAM había propuesto como tema para la Conferencia de Santo Domingo: "Una nueva evangelización para una nueva cultura". De ahí que convenga enfocar ahora la novedad *cultural* de la que se trata, pues ella repercutirá en la novedad de la evangelización que se le dirija.

La formulación parece, a primera vista, ambigua; pero, como lo dice el P. Jaime Vélez Correa, secretario de la Sección para la Cultura (del CELAM)<sup>14</sup>, eso mismo la hace más rica. Pues significa al mismo tiempo: "para una nueva cultura" que hoy está adviniendo o surgiendo, y "para una nueva cultura" que nosotros procuramos, intentando evangelizar la primera.

14. Cf. J. VELEZ C., *¿Por qué una Nueva Cultura para una Nueva Evangelización?*, en o. c. (nota 3), pp. 197-202.

¿En qué consiste esa cultura nueva? Ya lo insinuamos más arriba refiriéndonos al artículo de C. Boff y al *Documento de Puebla*: se trata, por un lado, de la cultura que se ha dado en llamar "adveniente"<sup>15</sup>, es decir, la moderna, secular, urbano-industrial, que nos inunda desde los centros de poder y que nos ofrece peligros (de secularismo, consumismo, pérdida de nuestros valores sapienciales y solidarios, etc.), pero también posibilidades de avance social, económico y cultural, sobre todo gracias a la ciencia, la técnica, las instituciones democráticas y la eficacia racional moderna (en lo económico, administrativo, jurídico, etc.).

Pero conviene también tener en cuenta —como lo hacen Medellín y Puebla— su otra cara dialéctica: no sólo su amenaza contra los valores humanos y cristianos de nuestro *ethos* cultural, sino también la marginación y la opresión social, así como la brecha cada vez mayor entre ricos y pobres y entre naciones ricas y naciones pobres —a la que tantas veces hizo alusión Juan Pablo II— etc. Pues ellas son la otra cara de la modernidad como de hecho se da en el real proceso histórico entre nosotros, llegando hasta el actual surgimiento de los pobres estructurales y el surgimiento de los así llamados "nuevos pobres", por causa de la desocupación y la pauperización de las clases medias, provocadas por el peso de la deuda externa, los fuertes ajustes económicos y la reforma del estado. Dado el fracaso del "estado de bienestar", el resurgimiento de ideologías neoliberales y —en Europa oriental— el descalabro del comunismo, se corre el peligro —como el Papa lo dijo en Durango (México)— de rehuir "el juicio necesario sobre los efectos que el capitalismo liberal ha producido, por lo menos hasta el presente, en los países llamados del Tercer Mundo"<sup>16</sup>, incluida América Latina. La Iglesia, con su nueva evangelización, ha de responder también a esos nuevos desafíos a la "justicia demasiado largamente esperada" (Sto. D., III-1).

Pero junto a esa contracara negativa de la "cultura moderna" y la "modernización", va apareciendo entre los pobres urbanos latinoamericanos, aún entre los expulsados del sistema económico y refugiados en la economía informal, una cultura moderna de

15. Cf. CELAM, *¿Adveniente cultura? Seminario Buenos Aires 21-27 de abril de 1986*, Bogotá, 1987.

16. Cf. *Discurso del Papa a los empresarios en el teatro Castro de Durango*, miércoles 9 de mayo de 1990, en OR 22, 1990, pp. 275-276, n° 3.

solidaridad poco a poco emergente. En el nivel religioso ya Puebla señalaba la esperanza evangelizadora y liberadora aportada por las Comunidades Eclesiales de Base (cf. DP, 629 etc.), donde se ejercitan nuevas formas de organización y participación. Pero ahora los "espacios de convivencia solidaria" de los que también hablaba Puebla (cf. *id.*, 414, 452), se han ido extendiendo aún en el nivel económico: cooperativas en las poblaciones marginales, empresas autogestionarias de trabajadores que estaban en la economía informal, el surgimiento entre ellos de una "economía de solidaridad"<sup>17</sup>, etc. Asimismo en el nivel social, distintas organizaciones de base, sobre todo en los barrios suburbanos de las grandes ciudades, están en muchas partes recreando el tejido social. Ahí también se da una cultura nueva emergente, que intenta y sabe no pocas veces unir los valores tradicionales, religiosos y ético-sociales de la cultura sapiencial latinoamericana, con formas organizativas modernas, actitudes nuevas, medios modernos racionales de producción y de inserción en el mercado, conciencia política, ejercicio de nuevos modos de ejercer la participación de las bases, la comunión solidaria y la autoridad, etc. Esa cultura alternativa debe estar comprendida también y, posiblemente en forma preferencial, en el enfoque de una "nueva evangelización para una nueva cultura".

Por último, el segundo sentido de esta expresión implica que, a través de la evangelización, se vaya logrando una cultura renovada. Para ello es necesario un trabajo de discernimiento evangélico, que critique y transforme los elementos negativos de la "nueva cultura" y fomente creativamente los positivos. A la luz de la Encíclica *Sollicitudo Rei Socialis* y de algunas de las últimas alocuciones del Papa —por ejemplo ante la Academia Pontificia de Ciencias<sup>18</sup>— se trata de promover una "cultura de la solidaridad" fraternal y liberadora, con sus correspondientes "estructuras de solidaridad", que vayan reemplazando a las que Puebla (DP, 281, 452) y la citada encíclica llaman "estructuras de pecado", enraizadas en actitudes de pecado.

---

17. Como ejemplo cf. L. RAZETO M., *Las organizaciones económicas populares 1973-1990*, Santiago (Chile), 1990.

18. *Discurso del Santo Padre a los participantes en la semana de estudios organizada por la Pontificia Academia de las Ciencias (27 de octubre de 1989)*, en OR 21, 1989, p. 817.

Como estas estructuras son fruto y condensación de muchos pecados personales y condicionamiento de otros nuevos (cf. SRS, 36, con referencia a *Reconciliatio et Paenitentia* 16), así también las "estructuras de solidaridad" deben ser fruto y condensación de muchos actos y hábitos virtuosos solidarios nacidos del amor fraterno, y condicionamiento pedagógico que favorezca su ulterior crecimiento.

¿Qué papel pueden desempeñar, como testimonio, inspiración y modelo las comunidades monásticas en esa tarea? Al menos con respecto a la comunidad de la Iglesia y las distintas comunidades eclesiales, dice el Papa tanto en *Christifideles laici* como en su *Carta Apostólica a los religiosos y religiosas de América Latina*: "La Iglesia tiene que dar hoy un gran paso adelante en su evangelización; debe entrar en una nueva etapa histórica de su dimensión misionera" (*Carta*, 24, con cita de *ChL*, 31), añadiendo luego —con referencia especial a América Latina—: "Ciertamente urge en todas partes rehacer el entramado cristiano de la sociedad humana. Pero la condición es que se rehaga la cristiana trabazón de las mismas comunidades eclesiales que viven en estos países o naciones" (*Carta* 24; *ChL* 34). Es decir que el crecimiento comunitario de la Iglesia en sus comunidades y la trabazón entre ellas es condición de que lo mismo vaya sucediendo en la sociedad latinoamericana, tan desgarrada. ¿Por qué? El Papa no lo dice, pero probablemente está pensando ante todo en el modelo, el ejemplo y el testimonio, así como también en la acción inspiradora y orientadora de dichas comunidades, sin olvidar los "principios de reflexión, criterios de juicio y directivas de acción" (cf. SRS, 41; LC, 72, OA, 4) que, en esa línea, ofrece la doctrina social de la Iglesia.

En resumen, la nueva evangelización de América Latina "ha de desplegar con más vigor —como la de los orígenes— un potencial de santidad, un gran impulso misionero, una vasta creatividad catequética, una manifestación fecunda de colegialidad y comunión, un combate evangélico de dignificación del hombre, para generar, desde el seno de América Latina, un gran futuro de esperanza. Este tiene un nombre: la civilización del amor" (*Sto. D.*, III-4). ¿Qué papel debe desempeñar la vida monástica en esa nueva evangelización y en la consecuente generación de esa "civilización del amor"?

### III. Sugerencias sobre la vida monástica en la nueva evangelización

Según lo dije al comienzo de mi exposición, sólo podré hablar de este último punto en abstracto y brevemente. Pues son los mismos monjes y monjas quienes están capacitados para realizar desde dentro esa reflexión. Además, otras exposiciones desarrollarán varios temas clave, como son: "los monjes en la Iglesia local" (los pobres del entorno, la cultura, la espiritualidad, la colaboración con la misma); "la lectura de la Palabra de Dios en la comunidad monástica" (y la relación entre el clima espiritual de la Escritura y la cultura moderna, en orden a su evangelización); "la liturgia de los monjes" y su servicio a esa "cumbre a la cual tiende la actividad de la Iglesia y, al mismo tiempo, fuente de donde mana toda su fuerza" (SC, 10), así como el apostolado litúrgico; "la hospitalidad monástica" y el "arte" como medios específicos de evangelización, etc. No se trata de repetir o de decir mal y desde fuera, lo que luego se dirá bien y desde la propia experiencia y tradición monásticas.

Por ello trataré de ir diseñando como un tercer círculo concéntrico, luego del primero, más general, acerca de la evangelización, y del segundo, más particular, referido a la evangelización nueva en América Latina. Ese tercer círculo se referirá a documentos de la Iglesia que tratan del papel propio de la vida religiosa en cuanto tal dentro de ese proyecto misionero. Un cuarto círculo todavía más concreto e interior a los otros tres, referido específicamente a la vida monástica, lo desarrollarán las siguientes exposiciones.

Así es como trataré brevemente: 1) del papel evangelizador que, según *Evangelii Nuntiandi* compete a los religiosos en cuanto tales; 2) de la misión evangelizadora de los mismos según la expone Juan Pablo II tanto en su Carta Apostólica como en su Mensaje a las religiosas de clausura de América Latina.

1) En la citada *Exhortación* Pablo VI asegura que "los religiosos, también ellos, tienen en su vida consagrada un medio privilegiado de evangelización eficaz" (nº 69): notemos los adjetivos "privilegiado" y "eficaz". A través de su ser más íntimo, se sitúan dentro del dinamismo de la Iglesia, sedienta de lo absoluto de Dios, llamada a la santidad. Es de esta santidad de la que ellos dan testimonio. Ellos encarnan la Iglesia deseosa de entregarse al radicalismo de las bienaventuranzas. Ellos son por su vida signo de total dispo-

nibilidad para con Dios, la Iglesia, los hermanos" (*ibid.*) De un texto tan rico y profundo quiero sólo recoger tres expresiones altamente significativas: "sed de lo absoluto de Dios", "entrega al radicalismo de las bienaventuranzas", "total disponibilidad": sin ellas no hay nueva evangelización posible, y la vida religiosa —quizás particularmente la vida monástica— son "encarnación" y "signo" de ese dinamismo íntimo de toda la Iglesia. Podría decirse: signo privilegiado y eficaz.

De ahí que el Papa enseguida recuerde lo dicho por él anteriormente sobre el testimonio como *primordial* para la evangelización: "Este testimonio silencioso...puede ser a-la vez una interpelación al mundo y a la Iglesia misma, una predicación elocuente, capaz incluso de tocar a los no cristianos de buena voluntad, sensibles a ciertos valores" (*ibid.*). Pues "a través de este testimonio sin palabras —había dicho antes— estos cristianos hacen plantear a quienes contemplan su vida, interrogantes irresistibles" (n° 21) que los abren a la Buena Noticia de la salvación. La cultura actual, en especial los jóvenes, más que a las prescripciones y normas están atentos a los modelos y testigos de vida y plenitud de vida.

2) Por su parte, Juan Pablo II en su *Carta Apostólica* recuerda que los religiosos fueron los primeros evangelizadores de nuestro continente y han contribuido en toda nuestra historia a mantener y acrecentar la fe. Por ello "no pueden faltar a esta convocatoria eclesial de la nueva evangelización". Y añade: "Los diversos carismas de la vida consagrada hacen vivo el mensaje de Jesucristo, presente y actual en todo tiempo y lugar, a través de las palabras y el testimonio de los Fundadores, que han expresado, a lo largo de la historia de la Iglesia, la riqueza sublime del misterio y el ministerio de Cristo" (n° 24). Más adelante el Papa afirma que la nueva evangelización debe llevarse a cabo según el espíritu de los Fundadores, manteniendo vivos y fecundos sus carismas (n° 26); recuerda la "sólida y orgánica cohesión afectiva y efectiva entre los religiosos y los obispos" (n° 23), así como la estrecha colaboración de los mismos con los sacerdotes diocesanos y los laicos (n° 27), etc.

Pero hay dos puntos de la *Carta* que conviene enfatizar, pues ofrecen la posibilidad de su rica aplicación a la vida monástica. En primer lugar, según el testimonio del Papa "una de las notas que han caracterizado la vida consagrada en América Latina en los

últimos decenios ha sido la búsqueda de una auténtica experiencia de Dios, que es como un nuevo nombre para la contemplación, a partir de la meditación de la Palabra, la oración personal y comunitaria, el descubrimiento de la presencia y de la acción divina en la vida, compartiendo al mismo tiempo esta experiencia con todo el Pueblo de Dios" (nº 25). Este hecho de gracia, don del Señor a nuestra Iglesia de América Latina, se dio —como lo asevera el Papa, y es nuestra experiencia concreta— en muchos casos gracias al pueblo fiel y su piedad popular, sobre todo la de tantos pobres y sencillos: "No pocas veces, como atestiguan muchos de vosotros, la fe sencilla y sentida del pueblo os ha evangelizado y os ha hecho tomar conciencia de la necesidad de la plegaria y de la profunda experiencia de Dios" (*ibid.*). Se trata de la religiosidad popular como evangelizadora (DP, 396, 450) y del "potencial evangelizador de los pobres" (*id.*, 1147), de los que nos habla Puebla. Pero sobre todo conviene meditar el texto siguiente: "Evangelizar a partir de una profunda experiencia de Dios...será garantía de una eficaz y transparente predicación del Evangelio a los hombres y mujeres de nuestro tiempo" (Carta, 25)

En esa misma línea de pensamiento está lo que el Santo Padre escribe a las religiosas de clausura latinoamericanas, tanto acerca de la oración como fundamento de "una nueva evangelización que sea eficaz"<sup>19</sup>, como sobre la vida escondida de los contemplativos, que los hace evangelizadores "con misteriosa fecundidad apostólica" (Mensaje; cf. PC, 7).

Hay en el Mensaje dos temas que no conviene olvidar. Por un lado, la petición del Papa a las contemplativas "a hacer de (sus) vidas un mensaje de paz, simbolizado en aquella paloma enviada por Noé que, como escribe Santa Teresa de Jesús... 'ha hallado tierra firme dentro de las aguas y tempestades de este mundo' (Castillo Interior, morada séptima, III, 13), y anuncia un tiempo de serenidad, de justicia y de paz" (Mensaje). Precisamente ese testimonio y aporte de paz interior al mundo latinoamericano, falta de paz verdadera, puede y debe nacer también y especialmente, a partir de la vida religiosa en general y, particularmente, de la monástica, caracterizada por el carisma de la paz.

---

19. Cf. Mensaje del Santo Padre a las religiosas de clausura de América Latina (12 de diciembre de 1989), en OR 21, 1989, p. 850.

El segundo tema está íntimamente ligado con la falta de amor y solidaridad en la sociedad latinoamericana y con la construcción de la cultura y las estructuras de solidaridad, así como con la de la civilización del amor. Pues el Papa dice a las contemplativas, luego de haber recordado a Santa Teresa del Niño Jesús: "En este Cuerpo Místico que es la Iglesia —cada uno en el lugar que le corresponde— vosotras también habéis elegido ser 'el corazón'. Vosotras sois 'el amor', que pone en movimiento todos los miembros del Cuerpo Místico. Procurad ser, pues, el corazón de la Iglesia para ser una sola cosa con el Corazón de Cristo en favor de cada comunidad de ese continente (cf. *Venite seorsum*, III)" (*Mensaje*).

3) Por último el Santo Padre recuerda que "es un hecho que las Ordenes y Congregaciones religiosas han sido siempre promotoras de cultura", "por la variedad de sus carismas, por sus obras apostólicas, por su presencia en la sociedad latinoamericana" (*Carta*, 28). En el caso de San Benito, se lo llama Patriarca de Occidente y es Patrono de Europa, entre otras razones, por el enorme influjo de la vida monástica, sobre todo benedictina, en el forjamiento y la evangelización de la cultura de Occidente a través del cultivo y la predicación de la Palabra de Dios, la liturgia, las escuelas monacales, el arte, las bibliotecas, etc. ¿Qué caminos encontrar para que algo semejante pueda darse hoy en la nueva evangelización de América Latina? Juan Pablo II exhorta a todos los religiosos a "estar en la vanguardia de es(a) nueva responsabilidad evangelizadora que ha de asumir, con la fuerza del mensaje salvífico, toda la riqueza cultural de los pueblos y etnias del Continente en una solidaria y esperanzadora civilización del amor" (*ibid.*).

La tarea evangelizadora de la cultura se dirige a los tres niveles de ésta según Puebla (cf. *DP*, 387), a saber: 1) el *ethos* cultural, es decir, el sentido último de la vida y el núcleo ético de valores y eventuales desvalores; 2) el nivel de las expresiones de ese *ethos* en el lenguaje, los símbolos, las costumbres, las actitudes, etc. y, finalmente, 3) el de las estructuras de la vida y convivencia cultural, social, política y económica.

La misión de la vida religiosa, incluida la monástica, con respecto al *ethos* cultural se entiende mejor si recordamos con Puebla que el sentido último de la vida y de la muerte, y —por consiguiente— los valores (o desvalores) religiosos, son el corazón de una cultura y están de suyo destinados a orientar el resto de las dimensiones

culturales (n° 389; cf. n° 390, 388) mediante la comprensión del hombre (y, por tanto, de los valores y actitudes éticas) que aquellos implican. Pues bien, la vida religiosa y quizás más especialmente la monástica, tienen por misión dar testimonio de *lo absoluto y decisivo de Dios*: eligió el Único Necesario y con él la mejor parte. Recordemos lo ya dicho no sólo acerca de la evangelización que debe darse a partir de la experiencia profunda y gratuita de Dios, sino también sobre la tarea (sobre todo laical) de consagrar y transformar el mundo, que no será cristiana sin el espíritu de las bienaventuranzas y las virtudes teologales, forma de las demás virtudes, incluidas las sociales. Por el testimonio, por la liturgia, la predicación, la catequesis, la enseñanza, los escritos, el contacto personal (incluida la hospitalidad monástica) etc.; se trata de ayudar a inspirar, con la fuerza del Espíritu Santo, la *espiritualidad* evangélica de toda la Iglesia, sobre todo de la Iglesia local, en todos sus niveles, pero sobre todo el de los laicos; constructores de la sociedad pluralista latinoamericana: inspirar espíritu después de haberlo aspirado de la Palabra de Dios contemplada y de la liturgia celebrada en ese mismo Espíritu.

En cuanto a las expresiones culturales, la misma Palabra, la liturgia, los símbolos sacramentales, el arte cristiano,—que se mueven en el orden de las expresiones, también en cuanto encarnadas en cultura humana—, son un medio precioso para influir en las otras expresiones culturales y para ayudar a inculturar el Evangelio en ellas. Pienso además en la interrelación y fecundación mutuas que deben existir entre la lectura monástica de la Escritura y la liturgia oficial de la Iglesia celebrada en los monasterios, por un lado, y por otro, la piedad popular del pueblo latinoamericano (donde, según *Puebla*, está inculturada su fe: DP, 450, 444) y su lectura sapiencial de la Escritura, como se está dando en tantos círculos bíblicos, grupos de oración y comunidades eclesiales de base<sup>20</sup>. Así se puede ir dando una nueva evangelización de la cultura y piedad populares latinoamericanas, se puede contribuir a la inculturación de la liturgia, la predicación y la catequesis, y aun proporcionar una mediación con el mundo artístico latinoamericano, tanto popular como "especializado".

20. Cf. C. MESTERS, *Por trás das palavras*, Petrópolis, 1974; y mi trabajo: *El papel del catolicismo popular en la sociedad latinoamericana*, en *Stromata* 44, 1988, pp. 475-487.

Finalmente, en cuanto al nivel de las estructuras, existen importantes antecedentes históricos. Según Max Weber, la racionalidad de la vida y del trabajo comunitario de los monasterios benedictinos fue uno de los orígenes de la racionalidad moderna, en especial, con respecto a la interrelación no-estamental entre trabajo intelectual y manual ("ora et labora") y la organización racional del trabajo. Pero recordemos que no se trataba ni de una mera racionalización formal —como luego se dio en la vida moderna—, ni mucho menos, de la productividad *capitalista*, sino de una racionalidad inspirada —a través de la Regla— por la sustancia viva del Evangelio y por un carisma de servicio, así como de una productividad racionalmente ordenada al bien común (tanto hacia dentro como hacia fuera del monasterio). Todo ello favoreció asimismo la valoración cristiana, pero también moderna, del trabajo y del trabajo productivo y manual.

En otro orden de cosas algunos historiadores se refieren al influjo de la participación comunitaria en los Capítulos monásticos —por ejemplo, de los cistercienses— en el surgimiento de las formas modernas de participación, de índole parlamentaria y democrática.

¿No podría darse hoy una influencia indirecta semejante en la cultura y la civilización, que el Papa desea sean de la solidaridad y del amor, contribuyendo a inspirar a los laicos "estructuras de solidaridad" y de "primacía del trabajo sobre el capital" (*LE*, 12) que articulen socialmente la opción preferencial por los pobres? Si esas actitudes y valores orientan la vida monástica hacia dentro y hacia fuera, ella podrá servir de modelo, fuente de inspiración y como de contagio "por ósmosis" para los constructores de la sociedad pluralista latinoamericana, que sean movidos por el espíritu de las bienaventuranzas y por la imagen del hombre y sociedad que ese espíritu transparenta.

Sea de todo ello lo que fuere, Juan Pablo II llama a toda la Iglesia latinoamericana, no en último lugar a la vida religiosa, incluida la monástica, a ese gran proyecto misionero de una nueva evangelización de América Latina y de la construcción en ella de la civilización del amor.